

Capítulo 1

¿QUIÉN QUIERES SER?

Isaías 1, 2, 5

¿Cuánto vale tu identidad? ¿Vale tanto como para que alguien quiera robarla? Nicole McCabe, una mujer australiana, estaba embarazada de seis meses y vivía en Israel. Un día, estaba escuchando las noticias en la radio, y oyó que tres australianos habían sido vinculados a un escuadrón de asalto que era responsable por asesinar a un hombre destacado. ¡Una de las tres personas buscadas por ese asesinato era Nicole McCabe! Los ladrones habían robado sus datos de identidad, junto con los de otros dos australianos, y habían usado su información personal para hacer un pasaporte falso. Afortunadamente para ella, todavía poseía su pasaporte real con su foto en él. El pasaporte falso tenía la foto de uno de los ladrones.¹

RENUNCIAR A LA IDENTIDAD

Los ladrones de identidad causan un daño económico importante. La empresa de informes de crédito al consumidor “Experian” ha publicado estadísticas que muestran que el 40 % de los consumidores de Internet en todo el

¹ Jennifer Bellemare, “4 Scary (and Real) Identity Theft Stories, *Identity Force*, 18 de octubre de 2016. <https://www.identityforce.com/blog/4-scary-real-identity-theft-stories>

mundo ha sido objeto de robo de identidad al menos una vez.² Millones son víctimas cada año y, como resultado, pierden miles de millones de dólares.

A estas víctimas les han robado o engañado. Ellas no divulgarían sus datos de identidad si supieran los resultados. Pero, mucho antes de los teléfonos, las tarjetas de crédito e Internet, Israel, el pueblo de Dios, renunció a su identidad, no solo a sus datos, al engañarse a sí mismos. El Señor se lamentó, a través de su profeta Isaías: “El buey conoce a su dueño, y el asno el pesebre de su señor; Israel no entiende, mi pueblo no tiene conocimiento” (Isaías 1:3).

Los israelitas pertenecían al Señor porque habían entablado una relación de pacto con él (Éxodo 24). Pero Isaías informó: “Dejaron a Jehová, provocaron a ira al Santo de Israel, se volvieron atrás” (Isaías 1: 4).

¿Cuánto valía su identidad antes de renunciar a ella? Después de que Dios diera a sus antepasados una identidad como pueblo libre, al sacarlos de la esclavitud, les prometió: “Ahora, pues, si diereis oído a mi voz, y guardareis mi pacto, vosotros seréis mi especial tesoro sobre todos los pueblos; porque mía es toda la tierra. Y vosotros me seréis un reino de sacerdotes, y gente santa” (Éxodo 19:5, 6). Los israelitas leales que pertenecieran al Soberano de toda la Tierra como su posesión preciada y elegida disfrutarían de maravillosos beneficios y privilegios, incluyendo su presencia entre ellos, prosperidad, protección contra los enemigos y preeminencia entre las naciones (Levítico 26:3-13; Deuteronomio 28:1-14).

Por si alguien sospecha que las promesas de Dios eran una retórica vacía, debería considerar que el reinado temprano de Salomón “excedía [...] a todos los reyes de la tierra en riquezas y en sabiduría” (1 Reyes 10: 23; ver

² Ana Bera, “50 Shocking Identity Theft Statistics-2020 Update”, *Safe at Last*, 5 de febrero de 2019. <https://safeatlast.co/blog/identity-theft-statistics/>

también los vers. 21, 27). Cuando la reina de Sabá viajó y fue testigo de la sabiduría y la riqueza que Dios le había dado a Salomón, “se quedó asombrada” (vers. 5), y alabó al Señor (vers. 9).

Lamentablemente, ese momento de esplendor fue breve en la larga historia de Israel. El pueblo de Dios debería haber seguido elevándose a alturas cada vez mayores para su gloria, cumpliéndose así la promesa dada a Abraham de que en su descendencia todas las naciones de la Tierra serían bendecidas (Génesis 22:18; 12:3). Pero los israelitas desearon su identidad y sufrieron las consecuencias de la deslealtad, que Moisés había expuesto en una serie de maldiciones pactuales condicionales; consecuencias que iban de mal en peor (Levítico 26:14-39; Deuteronomio 28:15-68). El Señor no podría bendecir a su pueblo si este ignoraba sus sabios principios y se rebelaba contra él, porque enviaría el mensaje de que él y sus principios no importan.

Siglos después de Salomón, Isaías vivió en el reino de Judá, la parte sur restante de lo que había sido el imperio de Salomón. Judá estaba gravemente herido, por lo que Isaías describió que estaba lleno de heridas, moretones y llagas (Isaías 1:6). Continuó describiendo la desastrosa situación resultante de una invasión de extranjeros, que ocurrió durante su ministerio;³

Vuestra tierra está destruida, vuestras ciudades puestas a fuego, vuestra tierra delante

³ Esto ocurrió después del reinado de Uzías (792-740 a.C.), ya sea como resultado de la guerra entre Siria e Israel durante el reinado de Acáz, alrededor del 735 a.C. (2 Reyes 16; 2 Crónicas 28; Isaías 7), o de la invasión de Senaquerib de Asiria durante el reinado de Ezequías, en 701 a.C. (Isaías 36; 37; 2 Reyes 18; 19; 2 Crónicas 32). Por lo tanto, Isaías capítulo 1 podría haberse escrito más tarde que los capítulos 2 al 5, que parecen reflejar la prosperidad que prevaleció durante el tiempo de Uzías.

de vosotros comida por extranjeros, y asolada como asolamiento de extraños. [...] Si Jehová de los ejércitos no nos hubiese dejado un resto pequeño, como Sodoma fuéramos, y semejantes a Gomorra (vers. 7, 9).

¿Por qué alguien elegiría renunciar a la identidad dada por el Señor, que los israelitas habían disfrutado anteriormente en su historia? Esa es la pregunta de la que Dios exigía una respuesta: “¿Por qué querréis ser castigados aún? ¿Todavía os rebelaréis?” (vers. 5).

Los israelitas no tenían una respuesta, porque nunca hay una razón sensata para rebelarse contra Dios. Esa rebelión es pecado, y el pecado es inherentemente irracional. Para decirlo más claramente, ¡el pecado es estúpido! El pecado pretende tener la buena razón de servir a los propios intereses, pero el egoísmo viola los principios de amor abnegado de Dios. Y el egoísmo es autodestructivo, porque el bienestar de uno está entrelazado con el de los demás, por lo que, a la larga, todos quedan lastimados por el egoísmo.

Había más elementos en la comparación con Sodoma y Gomorra que el lamentable estado de Judá. Isaías se volvió contra su pueblo y lo criticó con toda su fuerza: “Príncipes de Sodoma, oíd la palabra de Jehová; escuchad la ley de nuestro Dios, pueblo de Gomorra” (vers. 10).

Los habitantes de Judá, especialmente sus gobernantes, compartían el carácter del pueblo de Sodoma y Gomorra, y merecían el mismo destino de destrucción total (comparar con Génesis 19). (La Biblia no menciona que los moradores de Judá en el tiempo de Isaías hubieran intentado una violación grupal homosexual como lo intentaron los sodomitas [Génesis 19:4-11; comparar con Jueces 19, que habla de la violación grupal real de una mujer por parte de los israelitas].) La culpa de Judá era como la de Sodoma: “Sober-

bia, saciedad de pan, y abundancia de ociosidad tuvieron ella y sus hijas; y no fortaleció la mano del afligido y del menesteroso” (Ezequiel 16:49).

El pueblo de Judá no era irreligioso, pero Dios rechazaba sus muchos ejercicios religiosos formales a pesar del hecho de que originalmente él había ordenado esos rituales (Isaías 1:11-14; comparar especialmente con Levítico 1-17; 23; Números 28; 29). No había nada de malo en estas actividades de adoración, pero el pueblo era hipócrita, no adoraba al Señor “en espíritu y en verdad” (Juan 4:24). Isaías no se oponía al sistema de sacrificios en sí, sino a su abuso, como lo demuestra el hecho de que también transmitió el rechazo de Dios a las oraciones de los habitantes de Judá: ⁴ “Cuando extendáis vuestras manos, yo esconderé de vosotros mis ojos; asimismo cuando multipliquéis la oración, yo no oiré; llenas están de sangre vuestras manos” (Isaías 1:15).

Levantar las manos y extenderlas hacia la Deidad en el cielo era una forma común de orar en la antigüedad (1 Reyes 8:22; comparar con 1 Timoteo 2:8). Pero, este gesto del pueblo de Judá era ofensivo para Dios, porque tenían sangre en las manos; no la sangre literal de los animales que estaban sacrificando, sino la culpa metafórica por la sangre de sus conciudadanos, a quienes estaban oprimiendo (Isaías 1:15-17). Jerusalén estaba llena de injusticias sociales; entre ellas: asesinatos, robos, sobornos y la falta de ayuda a las viudas y los huérfanos vulnerables y explotados (vers. 21-23). Todo esto era una violación flagrante de la decencia común y la Ley divina (por ejemplo, Éxodo 22:22-24).

⁴ Para estudiar las perspectivas de los profetas del Antiguo Testamento con respecto a los sacrificios y otras actividades de adoración, ver Roy E. Gane, “Sacrifice and Atonement”, en *Dictionary of the Old Testament: Prophets*, Mark J. Boda y J. Gordon McConville, eds. (Downers Grove, IL: IVP Academic, 2012). pp. 685-692, especialmente 688.

La forma en que tratamos a los hijos de Dios, especialmente a aquellos a quienes Jesús consideró como “uno de estos mis hermanos más pequeños” (Mateo 25:40; comparar con el vers. 45), es la forma en que tratamos a Dios mismo. El Señor toma esto personalmente y juzga en consecuencia.

Dios odia la hipocresía religiosa, que intenta mantener una falsa seguridad de una relación correcta con él, pero que encubre, a su vez, la desobediencia a él en otros aspectos de la vida. Una apariencia de reverencia y devoción en la iglesia el sábado, con ofrendas generosas y participación activa o incluso como líderes, se ve bien en la comunidad. Estos buenos comportamientos son un pequeño precio a pagar por una cortina de humo que oculta las ganancias de la ambición egoísta y la gratificación explotadora de la avaricia. Pero este encubrimiento es inútil, porque el Señor lo ve y lo escucha todo (Salmo 139).

“Obedecer es mejor que los sacrificios” (1 Samuel 15:22), porque la obediencia a Dios es el principal indicador de la verdadera lealtad a él, que se expresa en la adoración correspondiente. La adoración sin obediencia leal expresa una mentira sobre la relación con Dios y, por lo tanto, tergiversa su carácter. Es imposible guardar el primer gran Mandamiento (“Amarás a Jehová tu Dios” [Deuteronomio 6:5; Mateo 22:37]) por medio de actividades de adoración, mientras que violas el segundo gran Mandamiento (“Amarás a tu prójimo como a ti mismo” [Levítico 19:18; Mateo 22:39]).

¡ANALIZA TUS OPCIONES!

Michael A. Cicconetti era juez de un tribunal municipal de Painesville, Ohio, EE.UU. A partir de mediados de la década de 1990, administró lo que llamó “justicia creativa”, al darle al acusado la posibilidad de elegir entre la cárcel o un castigo inusual que se ajustara al delito cometido. Por

ejemplo, el ama de casa de Ohio de 25 años Michelle Murray había abandonado 35 gatitos en un bosque durante el invierno. Entonces, Cicconetti le ofreció una pena de prisión reducida si ella pasaba una noche en el bosque.⁵

Dios también ofrece opciones. Isaías 1:2 al 20 es un litigio pactual en el que el Señor, como Soberano y Socio principal del Pacto (y por lo tanto, el Juez), procesa a su pueblo bajo la acusación de romper su acuerdo con él. Son culpables sin excusa y están a su merced. Estaría completamente justificado si simplemente los aniquilara, tal como lo hizo con Sodoma y Gomorra. Pero, en lugar de emitir un veredicto de destrucción final, o incluso creativamente darles a elegir entre dos tipos de castigo, les da otra oportunidad de escapar del castigo por completo: “Venid luego, dice Jehová, y estemos a cuenta: si vuestros pecados fueren como la grana, como la nieve serán emblanquecidos; si fueren rojos como el carmesí, vendrán a ser como blanca lana” (vers. 18).

En este contexto, el término hebreo traducido como “estar a cuenta” se refiere a presentar o argumentar un caso en una demanda (comparar con Job 23:7).⁶ Dios invita a los habitantes de Judá, que previamente se habían mostrado irracionales e ilógicos, a unirse a él en un diálogo legal para sopesar sus opciones: “Vengan, consideremos sus opciones” (Isaías 1:18, traducción al español de la *New English Translation*). Necesitaban participar, porque *la decisión era de ellos*.

⁵ Wikipedia, s.v. “Michael Cicconetti”, modificado por última vez el 10 de febrero de 2020, https://en.wikipedia.org/wiki/Michael_Cicconetti; “Woman Ordered to Spend Night in Woods for Abandoning Kittens”, *ABC News*, 23 de noviembre de 2005, <https://abcnews.go.com/GMA/LegalCenter/story?id=1322751>

⁶ Ver Ludwig Koehler, Walter Baumgartner y Johann J. Stamm, *The Hebrew and Aramaic Lexicon of the Old Testament*, Mervyn E. J. Richardson, trad. y ed. (Leiden: Brill, 1995), t. 2, p. 410.

Pero no habría opciones sin la asombrosa misericordia divina del Querellante: él promete eliminar por completo su culpa para que pudieran tener un nuevo comienzo. ¿Qué sentido tiene esto? Suena como un remedio irracional para el pecado irracional. Max Lucado escribe:

El juicio de Dios nunca ha sido un problema para mí. Es más, siempre me ha parecido correcto. Relámpagos sobre Sodoma. Fuego sobre Gomorra. Así se hace, Dios. Egipcios tragados por el Mar Rojo. Se lo merecían. ¿Cuarenta años para ablandar las duras cervices de los israelitas? Lo habría hecho yo mismo. ¿Ananías y Safira? *Ya lo creo que sí.*

La disciplina me resulta fácil de tragar. Lógica de asimilar. Manejable y apropiada. Pero ¿la gracia de Dios? Cualquier cosa, menos eso.⁷

El amor divino no sigue la lógica humana. El amor de Dios tiene su propio tipo de lógica.

El pueblo de Dios tiene la oportunidad de elegir entre dos maneras de proceder: “¿Están ustedes dispuestos a obedecer? ¡Comerán lo mejor de la tierra! ¿Se niegan y se rebelan? ¡Serán devorados por la espada! El Señor mismo lo ha dicho” (vers. 19, 20, NVI).

Comer o ser comido; es decir, vivir o morir. Estos destinos contrastantes representan todas las bendiciones del Pacto versus las maldiciones.

Los habitantes de Judá no ganarían su salvación por su obediencia; en todo caso, ya eran salvos por el perdón de Dios. La pregunta era si elegirían vivir como personas salvas, como Jesús le dijo a la mujer a quien rescató de ser

⁷ Max Lucado, *Cuando Dios susurra tu nombre* (Miami, FL: Word Publishing, 1995), cap. 7.

apedreada por adulterio: “Ni yo te condeno; vete, y no peques más” (Juan 8:11). El Señor toma a las personas donde se encuentran, pero no las deja allí. Él salva a los pecadores *de* sus pecados (ver Mateo 1:21), no *en* sus pecados.

Al igual que el ofrecimiento de Dios en Isaías 1:18 al 20, su Nuevo Pacto se basa en el perdón (Jeremías 31:34). Si un pecador realmente recibe y continúa apreciando su perdón, el resultado es una obediencia fiel a él, facilitada por la escritura milagrosa de la Ley de Dios en su corazón (vers. 33). El perdón del Señor transforma el corazón del pecador no solo al inspirar gratitud, sino también porque él realiza el acto creativo de crear un corazón nuevo y limpio (Salmo 51:10). “El perdón de Dios no es solamente un acto judicial por el cual nos libra de la condenación. No es solo el perdón *por* el pecado, es también una regeneración *del* pecado. Es la efusión del amor redentor que transforma el corazón”.⁸

La singularidad del perdón de Dios, que solo él puede ofrecer, se evidencia con la palabra hebrea *salakh*, “perdonar”. Él solo es el sujeto que realiza esta acción (por ejemplo, Números 14:20; Isaías 55:7).

Del mismo modo, solo el Señor puede *bara'*, “crear” (Génesis 1:1, 21, 27), de manera que solo él puede crear un corazón limpio, y solo él puede derramar amor en el corazón por medio de su Espíritu Santo (ver Romanos 5:5). Este amor pone en armonía al receptor con el Dios que es amor y con su Ley, que se basa en el amor (1 Juan 4: 8, 16; Mat. 22: 37-40). Quienes no permiten que Dios escriba su Ley en su corazón reciben otro tipo de escritura: una escritura a mano en la pared con un mensaje de fatalidad (Daniel 5).

⁸ Elena G. de White, *El discurso maestro de Jesucristo* (Florida, Buenos Aires: Asociación Casa Editora Sudamericana, 2010), p. 106, énfasis en el original.

LAS NACIONES UNIDAS EN EL MONTE DEL TEMPLO DEL SEÑOR

Luego de las vívidas opciones de comer o ser comido (Isaías 1:19, 20), el libro de Isaías refuerza la importancia de elegir sabiamente al presentar los destinos contrastantes de varias maneras. La oscilación entre las promesas condicionales de esperanza y las advertencias de fatalidad brinda al libro una textura de luz y oscuridad alternadas. Por ejemplo: “Sion será rescatada con juicio, y los convertidos de ella con justicia. Pero los rebeldes y pecadores a una serán quebrantados, y los que dejan a Jehová serán consumidos” (vers. 27, 28).

Dos de las representaciones más sorprendentes de la esperanza y la fatalidad en Isaías se comunican por medio de las imágenes de un monte (Isaías 2) y un viñedo (Isaías 5). El monte es el monte del Templo en Jerusalén. Isaías 2:2 al 4, que es análogo casi palabra por palabra a la profecía contemporánea de Miqueas 4: 1 al 3, se trata de una elevada visión de esperanza para el futuro liderazgo internacional del Señor desde su Templo en Jerusalén.

El monte en el que se encontraba el Templo construido por Salomón no es el monte más elevado en términos físicos, incluso en las inmediaciones: el monte Scopus es más alto. Pero, con el tiempo (“lo postrero de los tiempos” [Isaías 2:2]), podría convertirse en el más alto en términos metafóricos, como la principal fuente de orientación para las naciones, ya que reconocerían el valor supremo de las sabias instrucciones dadas por la Deidad que reside allí. El Templo del Señor podría haberse convertido en las Naciones Unidas, el Santuario y la sede de la paz. Las guerras podrían haber cesado.

Una pared fuera del moderno complejo de las Naciones Unidas en Nueva York lleva esta inscripción, citando Isaías 2:4:

VOLVERÁN SUS ESPADAS EN REJAS DE
ARADO, Y SUS LANZAS EN HOCES; NO AL-
ZARÁ ESPADA NACIÓN CONTRA NACIÓN,
NI SE ADIESTRARÁN MÁS PARA LA GUERRA.
ISAÍAS

El complejo de las Naciones Unidas, en Nueva York, fue concluido en 1952. Lamentablemente, la visión de paz de Isaías no se ha hecho realidad desde entonces. Muchos miles de personas han muerto, y muchos otros han sufrido guerras en todo el mundo, sin que haya señales de paz total en el horizonte.

¿Cuál es el problema? Isaías brinda la respuesta: la paz puede llegar solo si todas las naciones aprenden los caminos del Señor y andan en sus sendas (ver vers. 3). Pero primero, el pueblo de Dios debe abrir el camino para mostrar el valor de sus instrucciones.

Después de revelar la visión de Dios para todas las naciones como resultado de la obediencia de Judá, Isaías 2:5 respalda el típico razonamiento hebreo de efecto a causa (en lugar de nuestro enfoque moderno que va de causa a efecto), para mostrar lo que debe suceder antes de eso: “Venid, oh casa de Jacob, y caminaremos a la luz de Jehová”. Si otros pueblos emprenderán esta caminata y obtendrán beneficios tan maravillosos, ¿por qué no comenzamos a hacerlo ahora, para disfrutar de la restauración que Dios ofrece? El mundo está en tinieblas, pero su lámpara es grande y brillante, y en su luz podemos ver claramente hacia dónde vamos.

LA CANCIÓN DE LA VIÑA QUE SE VOLVIÓ AGRIA

¿Cuánto debería hacer Dios por los infieles antes de dejarlos? Isaías aborda esta pregunta en su “Canto de la viña” (Isaías 5:1, 2, NVI). El poema habla de un terrateniente

que plantó un viñedo en un lugar ideal e hizo todo lo posible para que tuviera éxito. Entonces esperó una excelente cosecha de uvas comestibles, pero, sorprendentemente, el viñedo produjo uvas agrias silvestres y sin valor. Resulta que el dueño de la viña representa al Señor, y esta breve historia es una ilustración para la nación de Judá: “Ahora, pues, vecinos de Jerusalén y varones de Judá, juzgad ahora entre mí y mi viña. ¿Qué más se podía hacer a mi viña, que yo no haya hecho en ella? ¿Cómo, esperando yo que diese uvas, ha dado uvas silvestres?” (vers. 3, 4).

La canción es una parábola jurídica. Esta parábola atrae a los oyentes a una historia realista sobre la violación de una ley, los llama a emitir un juicio y luego revela que se están juzgando a sí mismos (por ejemplo, 2 Samuel 12:1-11; Mateo 21:33-40). Isaías 5 no registra las respuestas del pueblo de Judá a las preguntas de Dios con respecto a su viña (vers. 3, 4). Las respuestas son obvias: no había nada más que pudiera haber hecho, y no había razón para que la viña produjera uvas silvestres. Por lo tanto, estaría justificado condenarla al castigo al eliminar sus protecciones y el beneficio de la lluvia para que fuera destruida (vers. 5, 6). Recién a estas alturas, el Señor identifica la viña censurable: “Ciertamente la viña de Jehová de los ejércitos es la casa de Israel, y los hombres de Judá planta deliciosa suya” (vers. 7).

Isaías 5 continúa señalando que las “uvas silvestres” (vers. 4) producidas por el pueblo de Dios son el resultado de su rechazo a él y a su Ley. El fruto del rechazo incluía la avaricia; la injusticia social; la embriaguez y la juerga, sin temer las acciones de Dios; confundir el mal por el bien y el bien por el mal; y la vanidad (vers. 7, 8, 11, 12, 18-24; ver también los pecados y el juicio divino descritos anteriormente en Isaías 2:6-4:1). Por lo tanto, no hay razón para que la “viña” continúe. El pueblo infiel _de Dios sería humillado, invadido, exiliado y destruido (Isaías 5:9, 10, 13-17, 25-30).

¿Cuánto debe hacer Dios por la gente antes de dejarla? Él responde con una pregunta retórica: “¿Qué más se podía hacer a mi viña, que yo no haya hecho en ella?” (vers. 4). La respuesta es que Dios sigue trabajando por las personas y haciendo todo lo posible por ellas, hasta que no haya más nada que pueda hacer. Él no quiere que nadie perezca (ver 2 Pedro 3:9). Pero, cuando se queda sin opciones para salvarlas, los abandona a su suerte.

En el futuro cercano, el Señor llegará a este punto con toda la “viña” de este mundo, cuando sus habitantes habrán tornado una decisión firme a su favor, al aceptar su “sello” (Apocalipsis 7:2, 3), o en su contra, al aceptar la “marca” de su enemigo (Apocalipsis 13:16, 17). En ese momento, se pronunciarán las palabras: “El que es injusto, sea injusto todavía; y el que es inmundo, sea inmundo todavía; y el que es justo, practique la justicia todavía; y el que es santo, santifíquese todavía” (22:11).

Dios da libre albedrío, permitiendo que todos sean la clase de personas que quieren ser. Él no nos obliga, no nos engaña ni nos deja en la ignorancia, sino que con amor revela por anticipado cuáles serán las consecuencias de nuestras decisiones, como lo hizo en los días de Isaías.

No hay una buena razón por la que alguien deba perderse, ya que “de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna” (Juan 3:16). Jesús renunció a su exaltada identidad, humillándose al convertirse en un ser humano, y sufrió la peor de las muertes (Filipenses 2:5-8) para liberarnos de los resultados mortales de nuestros propios fracasos (Gálatas 3:10-13). Esta gran libertad nos da una nueva identidad como hijos e hijas de Dios (2 Corintios 6:18). ¿Qué más podría hacer?

Entonces, ¿quién quieres ser?